

L-163-1

ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA POR EL

EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE SIÓN

Pro-Capellán Mayor de Palacio,
Pro-Vicario General del Ejército y la Armada,

EN LAS SOLEMNES HONRAS

que por orden de S. M. se celebraron
en la Real Iglesia de San Francisco el Grande,
el día 17 de Abril de 1895,

POR LOS NÁUFRAGOS DEL

Crucero Español «Reina Regente».



MADRID

IMPRENTA DE L. AGUADO

8-Pontejos-8

1895

FM

1392

ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA POR EL

EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE SIÓN.

ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA POR EL

EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE SIÓN

Pro-Capellán Mayor de Palacio,
Pro-Vicario General del Ejército y la Armada,

EN LAS SOLEMNES HONRAS

que por orden de S. M. se celebraron
en la Real Iglesia de San Francisco el Grande,
el día 17 de Abril de 1895,

POR LOS NÁUFRAGOS DEL


Crucero Español «Reina Regente».




MADRID
IMPRENTA DE L. AGUADO
8-Pontejos-8
1895



Reg.º E. 1104.



Se publica de orden de S. M.



«Abyssi operuerunt eos.....»
«Submersi sunt, quasi plumbum in
aquis vehementibus.»

«Los abismos les cubrieron.....»
«Se sumergieron como el plomo en
las aguas impetuosas.»

(EXODO, cap. XV, vs. 5 y 10.)

Señora:

¡Altos é incomprensibles son los juicios de Dios! (1).
Sus inescrutables designios basados en la verdad y en
la justicia (2): las leyes providenciales con que, al
correr del tiempo, gobierna los individuos y las socie-
dades, preséntanse á nuestra vista como la columna
misteriosa de Moisés (3): mezcla de luz y sombra:
combinación de misericordia y de rigor, que descon-
cierta la inteligencia más brillante y no le deja al
labio más que el silencio de la adoración. *Silentium
laus.*

La fe, que es substancia y argumento de cuanto
podemos esperar en este mundo perecedero (4), soli-

(1) *Ad Hebr.*, XI, v. 1.

(2) *Ad Eph.*, cap. V, v. 9.

(3) *Exodo*, cap. XIV, v. 20.

(4) *Apost. ad Hebr.*, cap. XI, v. 1.

citada por las atracciones de lo infinito, intenta penetrar en el santuario de las operaciones divinas, para buscar allí la inteligencia de los misterios que no alcanza (1). ¡Vana curiosidad! ¡Esfuerzo inútil! El libro de las eternas predestinaciones, como el gran libro de la Naturaleza, tiene secretos que Dios reserva para Sí mismo, y que no serán al hombre revelados hasta el día sin noche de la eternidad.

Sólo en la eternidad conoceremos, SEÑORA, la misteriosa desgracia que nos aflige, y los designios del Altísimo en esta inmensa catástrofe que venimos á llorar.

Pasaron ¡ay!, para mayor tormento, los días de inquietud y de agonía, que á todos por igual nos embargaba: no sufre ya el alma aquellas violentas alternativas del dolor luchando con la esperanza y la esperanza con el dolor: la nube de oraciones, aquel concierto sacro de rogativas en que la nación entera tomaba parte, todo se disipó, como esperanza que muere. La horrible realidad se ha abierto paso; y el Crucero, de eterna y dolorosa celebridad; aquella ciudad flotante que tripulaban los mejores hijos de la Patria; aquella fortaleza móvil que paseó, por mares propios y extraños, la bandera y el nombre que le dieseis en prenda de vuestro amor, cambiado de improviso en

(1) *Fides quærens intellectum.*

gran sepulcro y cubierto por los abismos, según frase del Profeta, yace, pesado é inmóvil como el plomo, en las profundidades del mar. *Abyssi operuerunt eos... submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.*

Ante la magnitud de este infortunio, lejos de maldecir, como Job (1), la fuerza ciega y fatal que goza en nuestros ayes y gemidos; y en vez de preguntar á Dios nuestro Señor, como los Apóstoles á Jesús en un arranque de indignación: ¿Por qué esta pérdida que lamentamos? *Ut quid perditio hæc?* (2), inclinemos la frente resignada ante el cáliz de nuestras amarguras, y, con palabra cortada por la emoción y humedecida por el llanto, digamos con el Divino Mártir de Gethsemaní: *Fiat voluntas tua* (3). *Hágase tu santa voluntad.*

¡Nunca subieron al Cielo plegarias más fervorosas!
¡Nunca se derramó llanto más noble ni más legítimo
ante los altares del Señor...!

Son lágrimas y oraciones de cien y cien padres que, como la Raquel de la Biblia, no pueden ni quieren consolarse de la pérdida de sus hijos, que eran el amor de su vida y la vida de su amor (4).

(1) Cap. X.

(2) *Marc.*, cap. XIV, v. 4.

(3) *Matth.*, XXVI, v. 42.

(4) *Jerem.*, cap. XXXI, v. 15.

Lágrimas y oraciones de viudas desoladas y huérfanos sin amparo, que no tienen ya, para cruzar los procelosos mares de la vida, un brazo fuerte y piadoso que les ofrezca apoyo y protección.

Oraciones y lágrimas de la Patria, que, desoyendo como importunas las campanas de la resurrección y los cánticos de gloria, sigue postrada ante la tumba de sus hijos, como ayer lo estaba ante el sepulcro de Jesús, y pasa de mano en mano la antorcha funeraria á todas las provincias que dieron víctimas para el holocausto, y repite de templo en templo el *De profundis* de la desolación.

Honrado con la peligrosa misión de levantar la voz en esta augusta é imponente solemnidad, permitidme, SEÑORA, que, renunciando al prestigio de una elocuencia que nunca traduciría nuestra emoción, pida á la Religión sacrosanta que todos profesamos algunas verdades sólidas y consoladoras que, justificando el poder divino, recuerden á la conciencia humana la acción providencial del sacrificio en el mundo, y la influencia santa del dolor. Así será todo cristiano: la desgracia que lloramos, la enseñanza que recibimos, y el deber que estamos obligados á cumplir.

Señora:

En los anales de nuestra larga y accidentada historia, hay cambios bruscos y oscilaciones tan violentas, que no pueden leerse sin pena, ni recordarse sin admiración. Mezcla extraña de poderío y de miseria, ya subimos, como guiados por la mano de Dios, hasta las cumbres de la gloria; ya, obscurecido el oro de nuestra grandeza, según la frase del sombrío cantor de las Lamentaciones, *obscuratum est aurum*, la Reina y Señora de dos mundos se recoge, abatida y silenciosa, á derramar el llanto de solitaria viudez (1).

Ningún pueblo quizás, entre cuantos conservan su independencia ó vida nacional, ha recibido como nosotros las severas lecciones del infortunio: nadie como nosotros ha dado al mundo ejemplos de fortaleza y de heroísmo en días de tribulación. *In tribulatione dilatasti mihi* (2).

Sin remontarnos á tiempos muy lejanos, ni rebasar el círculo de nuestra existencia, contad, si podéis, las amargas lecciones de la desgracia...

Un día altera la atmósfera la ordenada marcha de

(1) *Jerem.*, cap. I, v. 1.

(2) *Psal.* IV, v. 1.

las estaciones, para matar en flor los frutos de la tierra y las esperanzas del sembrador; otro día, el aire se corrompe ó se envenenan las aguas y envían al organismo de nuestra vida los invisibles gérmenes de la muerte. Hoy se agrietan las llanuras y oscilan las montañas, como ebrias de furor, para aplastar entre escombros poblaciones enteras; ayer se desbordaban las cataratas del cielo, y, concertando infernal conjura con las inofensivas corrientes de la tierra, ofrecían á nuestra vista aterrorizada cuadros lúgubres, como las escenas del Diluvio universal. Y la guerra después, la horrible guerra, *horrída bella*, que, escalonada fatal y periódicamente en las pendientes de nuestra historia, alfombra de cadáveres las ciudades y campos de la Península, y tiñe en sangre las abrasadas costas africanas, como riega abundante y generosa las regiones del Asia y de la América, para afirmar nuestros derechos y defender la integridad nacional. Hasta en medio de operaciones de paz y de civilización cristiana, viene á sorprendernos esta desgracia horrible, que, oprimiendo el corazón con pesadumbre inmensa, nos hace exclamar con el Rey Profeta: *Salvadnos, Señor; salvadnos, porque invadieron nuestra alma las olas de la tribulación: Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam* (1).

(1) Psal. LXVIII, v. 1.

¿Cómo contaros esta tragedia pavorosa, ante la cual se turba la razón, y la palabra humana desfallece? ¿Cómo referir episodios lúgubres, ocultos en el pensamiento de Dios y escondidos en las profundidades del mar? Vosotros, que lo surcáis en todas direcciones, paseando tranquilos sobre el abismo la corona y el cetro del Rey de la Creación (1), habéis sentido desconcertadas vuestras previsiones; porque si conocéis por experiencia propia los peligros del mar y la insidiosa crueldad de las olas, conocéis igualmente las audacias del genio y sus intuiciones, capaces de encadenar su fiereza y ponerla, como ponéis el viento y el vapor, al servicio de la humanidad. Las aguas se entreabren dulcemente para recibir en su seno y acariciar vuestras naves con esas ondulaciones admirables que cantó David: *Mirabiles elationes maris* (2). Las olas cubren sus flancos á manera de finísima vestidura (3); la ciencia os da medios infalibles para prevenir sorpresas peligrosas, y las estrellas del Cielo, como puestas por Dios al servicio del hombre, señalan al navegante caminos fijos y derroteros seguros, allí donde la mano del hombre no los podrá trazar jamás. *Inter semitas viam tutissimam* (4).

(1) Psal. VIII, v. 8.

(2) Psal. XCII v. 4.

(3) Psal. CIII, v. 7.

(4) Sap., XIV, v. 3.

¡Glorioso destino, el destino del buque sobre las grandes aguas!.. Con su influencia poderosa se unirán, por medio del mar, los pueblos que el mar separa; se cambiarán entre los continentes más remotos las riquezas del suelo y de la industria, y ¡cuántas veces, conduciendo sobre sus puentes los incansables apóstoles del Cristianismo, derramará sobre los pueblos bárbaros, sumidos en las tinieblas del error y de la muerte, las luminosas semillas de la civilización! *Semen natiuitatis* (1).

Desde el fondo de una barquilla predicaba el Divino Redentor la buena nueva á las muchedumbres sentadas en la playa; viajando en pobre lancha, ó en primitiva piragua, pasaba el inmortal San Pablo de isla en isla, plantando en ellas la Cruz de Cristo; con carabelas españolas llegaron nuestros padres á mares desconocidos, sacando de sus entrañas mundos nuevos; y si hoy tuvieran voz nuestros navíos, desde los puertos y arsenales, donde impacientes se mueven, nos dirían, con los acentos del inspirado Isaías: *Me insulæ spectant...* (2). Aquellas islas que nos deben el idioma que hablan, y la civilización de que se envanece, esperan nuestra llegada para que se restablezca en su suelo el imperio de la justicia (3), *Benedictum*

(1) *Sap.*, XIV.

(2) *Isai.*, LX, v. 9.

(3) *Sap.*, XIV, v. 7.

lignum per quid fit justitia, que es compañera inseparable de la paz. *Justitia et pax*.

Mas ¡ay, señores! Como es pequeño el hombre ante la grandeza y majestad del Omnipotente, así se empequeñece el poder y el genio del hombre se debilita en presencia de las protestas horribles de la Creación. Si allá en las extensas soledades del mar se nubla el cielo, las aguas se ennegrecen; si brama el huracán y el rayo cruza el espacio y las olas se encrespan... ¿qué es del navío? ¿Cuál será la suerte de la tripulación? Ya sube hasta las nubes, como débil arista que el viento arrastra; ya baja al fondo, como pesada roca; y si el abismo se entreabre, en sus antros pavorosos desaparece todo... sin que queden más rastros ni señales que el hervor de las aguas agitadas, y aquellos círculos misteriosos ó jeroglíficos divinos que, á manera de lúgubre epitafio, escribe sobre las aguas la omnipotente mano del Criador.

¡Así murieron los fuertes de Israel! (1). ¡Así desaparecieron los mártires del deber, que encomendamos á la misericordia de Dios!

¡Cuántos nombres gloriosos eclipsados en una hora! ¡Y cuántos, ayer oscuros y hoy tristemente memorables, borrados en un instante del libro de la vida!...

¡Cómo es largo, señores, nuestro martirologio mi-

(1) *II Reg.*, cap. I, v. 25.

litar! ¡Pero cuántas coronas de honor y gloria derramadas sobre sus cadáveres! Si hay una muerte digna ante Dios y ante el tribunal de la Historia, es indudablemente la muerte del militar cristiano, ó, lo que es lo mismo, del militar español. Consagrar al servicio de la Patria un corazón que cree en Dios, adora á Jesucristo y espera la vida eterna; cruzar la tierra y atravesar los mares en compañía del sacerdote católico, que así celebra la Santa Misa sobre un pedazo de ara, al pie de la montaña, como en el puente de un buque, entre silencios que el mundo ignora, y recogimientos profundos que avergonzarían nuestra piedad... sacrificar su propia existencia á las dos horas de presenciar el sacrificio augusto del altar, como se sacrificó humildemente la dotación cuya pérdida lamentamos..., es coronar con las aureolas de la muerte las abnegaciones todas de la vida, y abandonar el tiempo donde se sufre y se llora, para empezar mejor vida en el seno mismo de Dios.

Y aumenta la belleza de esta muerte su heroica y admirable sencillez. Con más razón que los ilustres Macabeos, podían decirse, unos á otros, las víctimas del naufragio: *moriámur in simplicitate et in virtute* (1). ¡Qué nada más obscuro ni más heroico que su ignorado sacrificio en medio de su trágica majestad!

(1) *II Machab.*, cap. VI, v. 28.

Hay en la lucha del hombre contra el hombre, en el ataque de dos ejércitos ó el abordaje de dos escuadras, esfuerzos que el valor sostiene, y temeridades afortunadas que deciden victoria ruidosa, disputada con tenaz empeño y perseguida con ardoroso afán. Pero ¿quién lucha con el huracán desencadenado? ¿Quién hace frente al furor de la tormenta? La fuerza, la inteligencia y el valor, todo se rinde ante el imperio avasallador de la muerte. La muerte arriba, en la tempestad, que todo lo arrolla; la muerte abajo, en el abismo, que descubre su insondable profundidad; la muerte al lado, en la ola que apaga los fuegos, y en la que deja al buque sin gobierno... ¡La muerte en todas partes y con toda su horrible majestad! Que allá, en medio de los mares, no hay la esperanza, si quiera triste, de nobles mutilaciones ni ambulancias que recojan heridos, ni apóstoles de la caridad que curen, ni sacerdotes que derramen sobre el moribundo los bálsamos de nuestra sacrosanta Religión.

Sólo en manos de Dios está la suerte del náufrago: y á Dios clama con angustioso acento para que calme la tormenta, ya que el mar y el viento le obedecen (1), ó que dé fuerza á su espíritu para aceptar la muerte con heroica conformidad. ¡Ah! Si en aquella hora suprema, que la agonía hace eterna, brota del corazón

(1) *Matth.*, VIII, v. 27.

arrepentido una plegaria; si vienen á sus labios los nombres de Jesús y de María, consuelo y esperanza del navegante, ¡quién duda que la misericordia divina vendrá en su auxilio y cambiará el sacrificio, cristianamente aceptado, en santa y suficiente expiación!

Ésta es, señores, según el dogma católico, la acción providencial del sacrificio en el mundo, y la influencia poderosa del dolor. Dios, que es la bondad por esencia, no permitiría jamás que el sufrimiento reinase sobre la Tierra como verdugo universal de las almas, si no purificase para el Cielo y marcase con sello de gloria permanente las mismas existencias que se complace en atormentar. En el plan de la Providencia, las tribulaciones son medios que Dios emplea para robustecer los corazones débiles, sacando de ellos energías desconocidas y haciéndoles producir virtudes sólidas y actos de caridad tan perfectos, que sólo brotan y se manifiestan al contacto de la adversidad.

En el crisol de la desgracia se regenera y engrandece el hombre, como se elevan y ennoblecen los pueblos visitados por el dolor. Cuando atraviesa una nación días de prueba, como los que nosotros atravesamos; cuando, herida en su honor ó en su riqueza, levanta al Cielo sus manos suplicantes y vierte amargo llanto sobre la tierra, es que se desgarran sus entrañas para producir nueva vida; quizás para escribir con su sangre la primera página de su restauración moral.

A la luz de estos principios consoladores, contemplemos, señores, las víctimas de esta catástrofe memorable, y respondamos con varonil fortaleza á las exigencias del deber. El más alto y sagrado, el que primero se impone á nuestra conciencia, es el que hemos contraído con los muertos. En torno de esta tumba se unen hoy, en fraternal consorcio, las dos cosas más santas de la Tierra: la Religión y la Patria. La una viene con recuerdos y lágrimas, que el patriotismo inspira; la otra con sacrificios y oraciones, testimonio elocuente de nuestra fe. Privados del consuelo de ofrecer honrosa sepultura á sus cadáveres, que, ennoblecidos por la inmolación, yacen perdidos en las profundidades del mar, busquemos sus almas en los abismos de la eternidad, y derramemos generosamente sobre ellas los sufragios de la oración. Todo lo alcanza la oración del justo (1). Más fuerte que el recuerdo, que muere, y más eficaz que el llanto, que se evapora, la oración del creyente llega al Cielo, y así detiene el brazo de la inexorable justicia, como obtiene de la infinita misericordia la gracia del perdón.

Hasta nosotros llega la voz de esas benditas almas, dos veces sepultadas en profundidades misteriosas, diciendo á Dios con plañidero acento (2): *De profundis*

(1) *Matth.*, XXI, v. 22.

(2) *Psal.* CXXIX, v. 1 et 2.

clamavi ad te Domine... «Desde el fondo de la aflicción que nos inunda, elevamos, Señor, nuestros clamores, y en Ti esperamos nos oirás benigno y atenderás propicio nuestra oración»: *In vocem deprecationis meæ*. Identificados con su duelo, y unidos á ellas con lazos de perfecta caridad, también nosotros suplicamos al Padre Celestial que no examine con rigurosa justicia las faltas y debilidades en que la muerte tal vez les sorprendiera, presentándolas de improviso ante su inexorable tribunal. Hombres eran, concebidos en culpa, y esclavos del pecado desde la hora de su animación. Si las horribles agonías de su muerte; si los actos de religión que mandarían al Cielo en aquel trance supremo; si la protección de María, que seguramente invocaron al expirar, no son, Señor, expiación bastante, tu misericordia es abundante, é inagotables los méritos de la Redención (1). *Quia apud Dominum misericordia et copiosa apud eum redemptio*.

Más allá de los muertos están los vivos; únicos restos del naufragio que se ofrecen á nuestra vista, y que esperan con ansia un puerto de salvación. Son padres sin hijos; son viudas sin esposo; son hijos sin padre: las tres personificaciones más sagradas é interesantes del dolor. Separados violentamente de lo que más amaron, llevan sangrando una herida que nunca

(1) Psal. CXXIX, v. 1, 2, 3 et 7.

ha de cerrarse, aunque manos augustas y generosas derramen sobre ella, para curarla, lágrimas amantes y bálsamos de dulce compasión. Deshechos sus hogares por la tormenta de la desgracia, y lanzados á los desiertos del infortunio como aves sin nido y solitarias (1), allí llorarán inconsolables, si no las ampara y protege la caridad. Yo conozco los esfuerzos de vuestro celo; yo bendigo y aplaudo vuestras nobles combinaciones en contra de la miseria; pero si Dios, que ha hecho de la pobreza una institución permanente universal (2); *semper pauperes vobiscum habebitis* (3), ha querido aumentar con esta nueva calamidad el contingente de los ejércitos de la indigencia, justo es que nosotros, dilatando los espacios del corazón, escribamos una nueva partida en el presupuesto de la caridad. Caridad, señores, para los padres que perdieron en una hora la mano piadosa que les ofrecía el pan de la vejez, y la esperanza consoladora de que esta misma mano cerrase sus ojos al morir: caridad también para las viudas á quienes la muerte despiadada arrancó la mitad de la existencia, y que sólo el Señor puede consolar en su misericordia infinita: caridad, en fin, para los huérfanos en torno de los cuales ha hecho Dios el vacío de la suprema desolación. Si hoy se que-

(1) Psal. X, v. 1.

(2) Psal. CI, v. 8.

(3) *Matth.*, XXVI, v. 11.

jan con amargo acento de que su padre les abandonó para siempre, *Pater meus dereliquit me* (1), obremos de tal manera que puedan añadir mañana: *Dominus autem suscepit me*. El Señor, en cambio, me recogió.

Ofrecido por los difuntos el incruento y divino sacrificio, hagamos en favor de sus familias el más fecundo de los sacrificios personales, depositando en sus manos, como en ara santa, la ofrenda de la limosna. En las sociedades cristianas, la limosna y la oración van siempre unidas: una y otra suben directamente al Cielo, y hacen dulce violencia al corazón amantísimo de Jesús. Él es el socorrido cuando socorremos al pobre, *mihi fecistis* (2), y de Él vendrá la recompensa que ha de librarnos de los males de la vida y de la muerte (3). *Eleemosyna a morte liberat*.

Dejadme señalaros otra víctima: es una madre, la Madre Patria, en cuyo corazón repercuten y se concentran las desgracias de todos. Suya es la sangre de nuestras venas, el idioma que hablamos, el carácter que nos distingue, la gloria que nos honra, y las creencias que nos alientan y consuelan en épocas de tribulación. ¡Ah, señores! Si no se han eclipsado ó palidecido en nuestros pechos ideas y sentimientos que nunca deben eclipsarse ni palidecer, subid en alas del

(1) Psal. XXVI, v. 10.

(2) *Matth.*, XXV, v. 40.

(3) *Tob.*, XII, v. 9.

patriotismo hasta las alturas del infortunio nacional, y hagamos todos un esfuerzo supremo, que Dios y la Historia aplaudirán. Bien puede exigir nuestros bienes la que tiene derecho á nuestra vida por defender la vida nacional. Para socorrer al individuo y á la familia, basta la humilde ofrenda de una parte no más de lo superfluo; pero ante la indigencia de la Patria hay que llegar al sacrificio de lo necesario, sin escuchar la voz de la prudencia que nos dice: de aquí no pasarás. A los excesos del mal hay que oponer en justicia las exageraciones del bien; aunque no cabe el exceso cuando se trata del bien de la Nación. Si es preciso ofrecerla una legítima compensación, arranquemos un mes al año que transcurre, y tenga doce meses para vivir y uno sólo para cobrar.

Pero al dar socorros y oraciones á las víctimas del naufragio, como al hacer sacrificios para la Patria, no nos olvidemos, señores, de nosotros mismos, ni desoigamos la voz de la Providencia, siempre paternal en medio de su aparente severidad. Si no cae una hoja del árbol sin el permiso ó la voluntad de Dios, ¿cómo no ver, en los desastres que se multiplican sobre los pueblos, efectos de una Providencia universal que todo lo ordena y encamina á fines dignos de la criatura y de su adorable Majestad? Para las naciones, como para el hombre, hay leyes eternas, á que debemos ajustar nuestra conducta; y si, en la marcha ó gobierno ordi-

nario de la humanidad, la conciencia y la fe son los medios habituales que Dios emplea, cuando la fe se entibia, y el vértigo de las pasiones ó terrenales negocios no nos permite oír la voz de la conciencia, el Señor hace prodigios en el Cielo y en la Tierra que recuerdan al mundo su soberanía y afirman dolorosamente su autoridad. Como los pueblos tienen por mar y tierra sus fortalezas, que al defender sus derechos vengarán las violaciones de la justicia, así Dios emplea el trueno y el rayo y se sirve de la tormenta para vengar los ultrajes que se infieren á su divina voluntad. Lejos de mí la temeraria idea de apenar el corazón de los vivos y ofender la memoria de los muertos, presentándolos como víctimas de la justicia divina; que Dios castiga á veces al que ama, según dice San Agustín, para enseñarnos á todos y detener en su insensata marcha á los que corren por el camino de la perdición. Grabemos en el alma estas severas enseñanzas y cumplamos nuestro deber, como murieron cumpliendo el suyo los hijos de la Patria que lloremos; y recogiendo los mejores sentimientos del corazón, digamos con voz que llegue al Cielo: *Requiem eternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis.* AMEN.

